

ALBERTO OMAR WALLS,
TREINTA AÑOS DE NARRATIVA
DEL ABSURDO AL ESCEPTICISMO VITALISTA

La Editorial Idea ha recogido en seis volúmenes las novelas del narrador, poeta y dramaturgo Alberto Omar, aunque no se incluyen las dos de carácter infantil y juvenil *El pequeño Carlos contra el Almirante* (1995) y *El corazón del bosque* (1998) que tienen su acogida en la colección *Tigotán*.

Quiero anunciar desde estas primeras palabras que la novela de Alberto Omar Walls, vista en 2005, algo más de treinta años desde sus inicios, se percibe como una unidad y, en su proceso, como un desarrollo hacia la madurez. Dicho esto, también debo añadir que esa diacronía escrituraria se percibe de acuerdo con diversos períodos que se abren y se cierran con solución de continuidad. La tendencia de su narrativa de larga extensión, en las tres etapas que jalonan su

obra, esto es, la década de 1970 con *La canción del morrocoyo* (1972), la de 1980 con *El tiempo lento de Cecilia Hipólito* (1986) y la de 1990, con *El unicornio dorado* (1991), *Como dos lunas llenas* (1991) y *Contados al amanecer* (1993), ha sido ir a la búsqueda de aquel equilibrio, pero es ahora, en esta ulterior etapa a partir de 2000, cuando Omar ha encontrado un lenguaje, no ya propio y diferenciador entre los novelistas canarios del «boom» de los setenta, que siempre lo ha tenido, sino distante de las primeras propuestas en que la parodia comulgaba con la tragedia y el absurdo transpiraba en los sueños y en la realidad de sus personajes. Ya he señalado que de entre aquellos ingredientes con que cocinaba su original literatura, como la ternura, la crueldad o el sentido aciago, ahora despunta el afecto tierno y el amor en medio de un universo en el que pululan seres ambiguos y proteicos, la desgracia junto a la felicidad...

Alberto Omar Walls es un escritor abocado a la aventura de la palabra tanto en su dimensión literaria como teatral. Los espacios escriturario y escénico se interrelacionan en su obra al margen, o mejor, a través de los límites de cada género. El factor común que define a Omar es su feracidad estilística por encima de la fabulación, que es grande, y del arte compositivo. Le tienta el juego de la creación, como destacó hace ya veinticinco años el crítico grancañario Jorge Rodríguez Padrón.

Pero también es un autor –y más ampliamente, un hombre de letras y de todos los ritmos imaginables– que urde sus historias con toda la carga mágica y mítica de la palabra como evocación y, también, a la manera del vocero homérico, crea con su palabra una realidad que emerge en la fabulación según tres grandes vocaciones: la paz, la armonía y el amor. Esos tres ingredientes poseen la fuerza y el verismo de los grandes momentos y de los pírricos instantes que azotan la vida de cualquier ser humano. ¿Sería mucho exagerar si afirmamos que la novelística de Omar nace, se clausura y renace en sus distintas etapas del combate ininterrumpido entre los dos grandes principios atávicos: placer y muerte? Esa tensión viene a significar la búsqueda agónica del equilibrio: cómo decidir en cada recoveco del universo literario el camino armonioso en que la paz y el amor actúen de gigantescos muelles de contención en los embates de la vida.

Una muestra de esa tensión se puede rastrear desde su primera novela hasta *Soledad amores* (2003). Diríamos que todas ellas encierran en sí una historia en donde el autor pretende mostrar la vida misma y cuyos personajes se encuentran sumergidos en unas circunstancias tan reales y cotidianas que no se acercan en absoluto a ese lado puramente fabulador que puedan tener algunos entes de ficción. Sin ninguna duda, estos seres de Alberto Omar tienen un signo trágico y, por tanto, son víctimas de un destino

azaroso cuya existencia es producto de una sociedad llena de prejuicios e hipócrita.

Si elegimos lo que el autor nos ha ofrecido de su cosecha novelística como extremos cronológicos (:lo que en retórica se llama el *términus a quo*, esto es, 1972, y el *términus ad quem*, 2003), los inicios marcados por *La canción del morrocoyo* nos hacía pensar en el lenguaje teatral del autor, desde su famoso *happening* titulado *Hipokeimenon* (1968) hasta *Sé que no son pulgas ni gusanos* (1971), cuya principal característica (no la única, ni la más importante, pero omnipresente en esas obras dramáticas iniciales) consiste en situarse en los contornos de lo que podría llamarse el teatro del *sinsentido*, una ruptura del lenguaje lógico que, sin embargo, no evidencia lo absurdo del mundo, el sinsentido de la existencia, de las convenciones sociales, sino la incursión en el mundo del inconsciente. Pues bien, con esos instrumentos creativos, Alberto Omar se lanza al terreno de la caza mayor, de la novela, y con *La canción del morrocoyo* armó un auténtico lío, al que sólo nos tenía acostumbrado el raro y subyugante mundo narrativo de Isaac de Vega: puso de acuerdo a Eduardo Westerdahl, a Fernando G. Delgado, a Jorge Rodríguez Padrón, a J. J. Armas Marcelo, a Marcos Ricardo Barnatán y a Juan Cruz. Todos coincidían en lo inclasificable de la novela y en la originalidad de su autor, a lo que Domingo Pérez Minik añadió un

análisis pormenorizado y divertido en el que concluía que estamos ante «un libro que al parecer no tiene ni pies ni cabeza, está siempre insertado en el cuerpo desmadrado del absurdo menos convencional y las incompatibilidades de su composición se perciben inmediatamente». A lo que añadía «Estas incompatibilidades se manifiestan por esa mezcla osada, divertida o atrabiliaria de la narración, con el guión cinematográfico y el diálogo teatral más sabido». Esos son, pues, los orígenes novelísticos de Omar.

Si nos situamos en el momento actual de su quehacer novelístico y si tuviéramos que explicar con palabras sencillas qué representa *Soledad Amores*, diríamos que es una historia novelada en donde el autor pretende mostrar la vida misma. Digo historia novelada porque los personajes se encuentran sumergidos en unas circunstancias tan reales y cotidianas que no se acercan en absoluto a ese lado de la ficción que puedan tener algunos personajes de novela. Sin ninguna duda, estos seres de Alberto Omar tienen un signo trágico y, por tanto, son víctimas de un destino azaroso cuya existencia es producto de una sociedad llena de prejuicios e hipócrita. Es ésta una novela en la que el autor pretende dar salida a esos sentimientos íntimos, mostrados al lector por la vía de la introspección, que se agitan en el dolor, la soledad y las debilidades morales para los que la principal medicina serán la **ternura** y el **afecto**. En el juego de

la creación, Alberto Omar ha tenido que hacer un gran esfuerzo para buscar en la propia psiquis las diferentes personalidades de sus criaturas mediante la confesión y el diálogo hábil, procedimiento que da a sus relatos una mayor complejidad y complicación, pero cuyo resultado narrativo llega al lector atemperado por una escritura ágil y transparente, unas descripciones precisas y sugestivas.

Ex convento de Santo Domingo
La Laguna, 13 de diciembre de 2005